

Coordenadas de la mujer en China

Dai Jinhua Profesora del Instituto de Investigación sobre Estudios Literarios y Culturales Comparados, Universidad de Beijing

Resumen

El artículo retrata el proceso de empoderamiento de la mujer china a partir de los años cincuenta, con la proclamación de la República Popular China y las ambiciosas medidas de igualdad entre sexos, que pondrían fin progresivamente a lacras profundamente arraigadas en la cultura tradicional del país, como los matrimonios de conveniencia o la venta de esposas. Sin embargo, la autora que sostiene que parejo al proceso de incorporación de China en las dinámicas de la globalización y la capitalización de la economía, se ha producido una marginalización de la mujer, que califica de retroceso histórico, y que la lleva a sufrir doblemente (por su clase y su sexo), los problemas derivados del rápido crecimiento de la economía y la transformación abrupta de la sociedad, que ha dado alas de nuevo a nuevo tipo de machismo, ligado a la liberación sexual de la mujer y la desigualdad económica. La autora distingue también los problemas en el entorno rural y el urbano, y retrata la reaparición de prácticas olvidadas (como el comercio de esposas) o los nuevos fenómenos que tienen lugar en el entorno urbano, como el importante aumento exponencial del número de divorcios; asimismo, identifica el surgimiento de las conocidas como "bellezas de cuello blanco", jóvenes profesionales solteras que pueden darnos una imagen de liberación y dinamismo poco homologable al resto de mujeres chinas.

La mujer china

Hablar de la mujer en China, al igual que hablar de China, requiere en primer lugar trazar sus coordenadas, ciertamente complejas y confusas.

En los últimos veinte años, la incesante promoción de la capitalización y la plena entrada en el proceso globalizador han intensificado, mucho más que solucionado, los conflictos y antagonismos en el seno de la sociedad china. En un sentido muy real, existe, como poco, más de una "China": la China urbana y la China rural, la China de la costa y la del interior, la China de los jóvenes y la de los viejos, la China de los nuevos ricos y la de los nuevos pobres... Los polos opuestos que éstas conforman, las condiciones y problemas ligados a cada una de ellas son tan diversos que hacen que "China" o "mujeres chinas" se conviertan en una forma de hablar, en unos objetos del discurso cuya demarcación se difumina.

Y así, no nos es posible usar ligeramente las fórmulas "progreso o retroceso", "mejoramiento o empeoramiento" para describir el estado general de las mujeres en la China contemporánea. Aun atravesando todo el siglo XX, el movimiento de emancipación de la mujer en China tiene casi el mismo principio y final que el de la Revolución Democrática de los primeros años de la República China, si bien su emancipación completa a nivel político, económico y legal no se produce hasta 1949 –en los inicios del establecimiento de la República Popular es cuando resulta capaz de realizarse y completarse. La "nueva China" consolidó entonces una serie de medidas legales que, hasta hoy, hacen que las mujeres chinas sean las mujeres a nivel legal y de derechos con más alto grado de emancipación del mundo. Se puede decir que si la "reforma agraria" a lo largo y ancho del país posibilitó aquello de "la tierra para quien la trabaja"; también son logros difícilmente cuestionables de la sociedad china de la era maoísta la puesta en marcha de la industrialización del país y la emancipación de la mujer, ambas bajo condiciones de escasez de recursos naturales, de superpoblación, y bajo el bloqueo añadido de los dos grandes grupos ideológicos que siguió al encontronazo Este-Oeste. Al igual que el *gaigekaifang* ("reforma y apertura") y la "marcha hacia el mundo" que puso a China en la órbita de la globalización de la década de los ochenta fue promovido sobre la base del proceso previo de industrialización (o, como alguien diría, del proceso de otro *tipo* de modernización), la profundización y el impulso del tema de la mujer en la "Nueva Era" de Deng Xiaoping es una consecuencia directa de la anterior emancipación de las mujeres, siendo ésta su premisa y fundamento. En cierto sentido, los sonoros éxitos que lograron en la corriente dominante del mercado cultural las numerosas artistas chinas que emergieron en los ochenta (escritoras, poetas, directoras de cine, dramaturgas, pintoras, escultoras...) y la entera cultura de la mujer que tomó forma durante estos años, son exactamente las últimas glorias brotadas del sistema cultural socialista de la igualdad entre hombre y mujer –y así es, a pesar de que estas glorias consistan en la revisión, la crítica y la liquidación de la entera historia socialista china y de la situación de las mujeres en ella. Si decimos que esto no está exento de absurdidad y paradoja, semejante situación es, no obstante, la realidad omnipresente en China desde los años ochenta.

Así pues, si decimos que la apertura de la era Deng Xiaoping, hizo que la China del *gaigekaifang* dependiese e interaccionase más que nunca con el resto del mundo, y que se

inició así un proceso radicalmente nuevo de "progreso histórico", también hemos de decir que, en términos generales, en estos últimos 20 años las mujeres chinas están experimentando, más lenta o más rápidamente, un verdadero retroceso histórico: no sólo la discriminación por sexo y edad en el mercado laboral se ha hecho cada vez un asunto más grave y de dominio público, sino que además se han agravado todas aquellas prácticas y situaciones que allá por los años 1950-70 desaparecieron en silencio: el matrimonio impuesto y la compra-venta de esposas, el rapto y la venta de mujeres, mujeres con salarios

extremadamente bajos y sin seguro laboral, mercado de niñas trabajadoras, las condiciones extremadamente complejas y desiguales de la industria pornográfica y sexual... todo ello revive en grados diversos y se expande sin cesar y, algunas más que nunca, en las distintas regiones del campo y la ciudad. En realidad, y relacionado de principio a fin con el proceso de marginalización de la mujer, los problemas fundamentales que encara la sociedad china en su precipitada modernización se transforman al mismo tiempo en problemas de las mujeres. Si el problema social más acuciante de la China de hoy es la grave y extrema brecha que se ha abierto entre ricos y pobres, entonces el problema de las mujeres pobres es una de sus caras más amargas. Si la trastienda de la posición adelantada del progreso capitalizador de China es la alarmante cantidad de sangre y sudor de los trabajadores, entonces las mujeres y niñas trabajadoras son, entre ellos, la mayoría que sufre la experiencia de la explotación. Si el problema más crítico que hoy afronta China es la topografía deteriorada del campo, la nulificación de los campesinos, entonces lo que este proceso hace visible al mismo tiempo es la feminización y el envejecimiento del campo.

Y por otra parte, en lo que a ojos de Europa y EEUU es "la China visible" –las masas urbanas de Beijing, Shanghai, del delta del Yangtzé o del río de la Perla–, en estas megápolis chinas que se propagan con rapidez las mujeres urbanas o, hablando con precisión, las mujeres jóvenes que han recibido educación superior y conseguido cada vez más libertades y espacio social, revelan un panorama totalmente distinto. Esto enlaza con la paradoja que subyace al sistema sexual del período maoísta: por una parte, está la alta posición social que disfrutaban el conjunto de las mujeres, por otra parte, sin embargo, está el rígido e inamovible sistema matrimonial. Entre las décadas de los setenta y ochenta, cuando los tremendos y violentos cambios de China comenzaron a

afectar seriamente al conjunto de la sociedad, uno de los temas más criticados y repudiados socialmente fue precisamente el sistema matrimonial –con denuncias y manifestaciones en contra de todo aquel "matrimonio sin amor: matrimonio inmoral"¹. Esto, que fue sin duda una de las ilustres victorias de la historia escrita por mujeres, alcanzó también, transformado en el discurso de hombres y mujeres, un alto grado de consenso y armonía. Consecuentemente, uno de los potenciales cataclismos de la sociedad china, y especialmente de la sociedad china urbana, es la ola de divorcios que viene continuándose y

“ En estos (...) 20 años las mujeres chinas están experimentando un verdadero retroceso histórico (...) los problemas fundamentales que encara la sociedad china en su precipitada modernización se transforman al mismo tiempo en problemas de las mujeres.”

extendiéndose por todo el territorio, revelándose y desafiando al sistema matrimonial y familiar. En las metrópolis, la red de jóvenes de la "aristocracia soltera" –donde no faltan las llamadas "bellezas de cuello blanco"–, toda clase de modelos familiares y de cohabitación, y parejas que voluntariamente no tienen descendencia, van conformando gradualmente el paisaje urbano habitual, que cada vez es menos insólito. Como movimiento social, la lucha de los hombres y mujeres homosexuales por sus derechos aún topa con las presiones y controles del poder, pero aquellos que componen una familia o viven juntos han logrado en las metrópolis una tácita aprobación.

Si el proceso de urbanización crea o trae consigo las olas de inmigrantes del campo a la ciudad, y de las ciudades pequeñas y medianas a las metrópolis; si decimos que esto es obviamente el hecho universal de todos los países que se encuentran en proceso de modernización, y especialmente de aquellos en vías de desarrollo, y que la peculiaridad de Chi-

“ Uno de los potenciales cataclismos de la sociedad china, y especialmente de la sociedad china urbana, es la ola de divorcios que viene continuándose y extendiéndose por todo el territorio, revelándose y desafiando al sistema matrimonial y familiar.”

na apenas reside en su gigantesca escala –aunque más de 200 millones de población flotante supone ni más ni menos que una Norteamérica moviéndose en suelo chino–. Entonces, al mismo tiempo, los desplazados de las clases altas despliegan ante nuestros ojos

el "corazón de las tinieblas"² de una gran ola regresiva en dirección opuesta: cada vez más estudiantes chinos en el exterior, turismo internacional, personal y directivos de compañías transnacionales de tecnologías avanzadas –los nuevos "ciudadanos del mundo"– se añaden a este *tour* y a las olas migratorias del tercer al primer mundo; y las jóvenes urbanas chinas aparecen vívidamente entre ellos. A pesar de que semejante realidad afecta solamente a una pequeña minoría de la sociedad china, esta "pequeña minoría" es suficiente para proyectar un paisaje de magníficas vistas y espectacular como nunca. Más interesante es todo lo relati-

vo a la escritura de experiencias transnacionales –incluyendo aquellas escritas en chino y en lenguas europeas, las obras de escritoras constituyen ya un horizonte escénico relativamente visible–,³ en donde los temas y tópicos de la guerra y la Posguerra Fría, de género y raza, se entretujan y enmarañan.

Fue también el hecho histórico de que el Gobierno de la “Nueva Era” defendiera el sistema matrimonial de los años de los cincuenta a los setenta lo que volvió a dotar de un determinado matiz político y sentido de justicia social a los discursos y representaciones de género. Uno de los hechos curiosos de los noventa es que la mayoría de las creaciones de mujeres artistas que gradualmente fueron vistas como un capital de la nueva industria cultural en desarrollo, y especialmente esas que constituyeron el punto álgido de los medios de masas, se articulaban en torno al cuerpo y el deseo femenino. En este panorama, a medida que el *leitmotiv* del feminismo se simplificaba en torno a la triada “yo-mi yo misma-mi cuerpo”, la llamada “escritura del cuerpo” iba encubriendo gradualmente la escritura de las mujeres⁴. Si decimos que un fenómeno tal como la cultura de género (sexual) ciertamente viene a simbolizar y narrar la liberación sexual de las ciudades chinas, entonces este mismo fenómeno se revela como un arma de doble filo: si la flexibilización del sistema matrimonial abrió un espacio social

para el cuerpo femenino y la liberación sexual, un espacio social que hizo emerger del sustrato histórico todo tipo de sexualidades minoritarias, también ésta abrió de par en par las puertas a un machismo cómplice y fortalecido por el capital. Porque sin ninguna duda, el severo sistema matrimonial de décadas pretéritas servía a una necesidad de control social, pero también al mismo tiempo fue designado para erradicar la morfología del sistema tradicional de la autoridad marital –en realidad, del más puro concubinato. Consecuentemente, acompañando al proceso de reforma y apertura, y acompañando o tal vez debido a la relajación institucional, uno de los más pintorescos paisajes de la zona adelantada de la reforma social –el delta del río de la Perla– son las hileras de grandes complejos de “señoritas” o “segundas esposas” (las llamadas “mantenidas”, lo cual no es tan exacto y preciso como decir “concubinas”, por o para los hombres ricos de fuera y dentro del país). Además, mientras la “escritura del cuerpo” (o como alguien diría del cuerpo de deseo) de las mujeres jóvenes de las metrópolis constituía provocaciones y resistencias varias al sistema patriarcal, al mismo tiempo, no obstante, vino a ocultar otro tipo de cuerpo femenino: los cuerpos sufridos de las

mujeres del campo que trabajan en la ciudad, de las trabajadoras del sexo de las clases más bajas, los cuerpos de las mujeres viejas. Mientras las jóvenes urbanitas usan su cuerpo pleno de vitalidad para escribir sobre deseo y retos, la sangre y el sudor de la fábrica, el cuerpo de coque de las trabajadoras quemadas en los incendios o el de todas aquellas a las que les fue cerrada con candado y desde fuera la puerta principal, se pierden sorprendidos en un crepúsculo remoto. Si decimos que, a fin de cuentas, el cuerpo es originalmente uno de los nodos donde confluyen modernidad y postmodernismo entonces, en la realidad de la China de hoy, es al mismo tiempo otro de los lugares donde se entrelazan, confundiendo, género y clase.

Hablando de las condiciones actuales de la mujer china, un importante suceso histórico fue el encuentro mundial de mujeres celebrado en Beijing en 1995. Para la China contemporánea, este encuentro significó que el feminismo lograra en China una extensa propagación e influencia; también significó que ONG internacionales entrasen en el país

“La cultura de género (sexual) se revela como un arma de doble filo: si la flexibilización del sistema matrimonial abrió un espacio social para el cuerpo femenino y la liberación sexual, un espacio social que hizo emerger del sustrato histórico todo tipo de sexualidades minoritarias, también ésta abrió de par en par las puertas a un machismo cómplice y fortalecido por el capital.”

a una escala sin precedentes. Por una parte, la propagación del feminismo motivó su entrada masiva y la de los estudios de la mujer en las universidades e instituciones oficiales educativas, haciendo que a una velocidad asombrosa se articulase un proceso de especialización y organización interna, provocando además la relativa transformación de la Federa-

ción China de Mujeres –institución ésta establecida en los años cincuenta como un órgano de naturaleza ciertamente gubernamental. Por otra parte, las ONG promovieron y participaron en el renacimiento y la rehabilitación de los grupos sociales de base, permitiendo en cierto grado que los movimientos sociales volvieran a traer a la arena política los problemas de las mujeres de las clases más bajas. Pero, en contra de lo esperado, al mismo tiempo que todo esto sucedía, en China salió a la luz (o alguien diría se diseñó) cierto tipo de fenómeno tercermundista: en el proceso de reorganización del feminismo, la reconstrucción de las organizaciones de base de mujeres las hizo tremendamente dependientes de los grandes grupos de ONG y del soporte económico de las grandes fundaciones internacionales, convirtiéndose estas últimas en el modelo, los recursos financieros y la orientación de las primeras. Sin duda, esto viene a intensificar cierto tipo de lógica de la Posguerra Fría, a agravar la tensión entre las cuestiones locales y el modelo occidental, al mismo tiempo que prescribe límites a la propia organización de los grupos de base de mujeres y a su propia capacidad regenerativa. Quizá sea ésta justamente la paradoja de las circunstancias de las mujeres en China hoy.

Al confrontar la China contemporánea, a un tiempo llena de vitalidad y acosada por la crisis, la autora quiere llamar la atención sobre la capacidad de renovación y de valerse por sí mismas de las organizaciones de base y entre ellas las de mujeres, arrojadas todas del dominio económico. Cabe fijarse en que, en un proceso histórico muy diferente, la emancipación de la mujer de los años 1950-70 revela una valiosa herencia; hay pues que centrar la atención en que en la múltiple interacción entre la historia y la sociedad el feminismo, una vez más, se revela como un capital cultural. Las mujeres chinas, que suman más de 600 millones, casi una octava parte de la población mundial, quizás puedan crear para el mundo de hoy una nueva y *otra* trama posible.

1. La proclama "el matrimonio sin amor es un matrimonio inmoral" es original de F. Engels; en China se expandió y se hizo un lugar común a partir de la publicación en 1979 del relato de Zhang Jie 张洁 "El amor no puede olvidarse" [Ai, shi bu neng wangjide] 爱，是不能忘记的， donde citaba tal frase.
2. Tomando aquí el título de la famosa novela del escritor polaco-americano Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*.
3. Por citar sólo algunas, las más prominentes en lengua china son Hong Ying 虹影, Zhou Li 周励, y en lengua inglesa Zhang Rong 张戎.
4. Algunos trabajos representativos de diferentes periodos son: Chen Ran 陈染 *El amanecer en los labios* [Zuichun de yangguang] 嘴唇里的阳光 Lin Bai 林白 *Guerra de una* [Yigeren de zhanzheng - 个人的战争]; Mian Mian 棉棉 *Candy* 糖; Wei Hui 卫慧 *Shanghai Baby* [Shanghai baobei], 上海宝贝 Mu Zimei 木子美 *El libro de lo perdido* [Yiqingshu 遗情书].